

HISTORIA MEDIEVAL
DEL SEXO Y DEL
EROTISMO

ANA MARTOS



Capítulo 3

El hombre envuelto en el Cosmos

Cuenta Lola Ferré que, en el año 765, al-Mansur, segundo califa de la dinastía abbasí, enfermó gravemente en Bagdad, la nueva ciudad que había fundado y a la que había trasladado la capital del califato que sus antecesores, los derrotados omeyas, habían mantenido en Damasco.

Los médicos se afanaron por mejorar su salud, pero fracasaron uno tras otro, irremediablemente. Si el califa hubiera participado de otro tipo de filosofía tendente a la libertad, quizá los hubiera mandado crucificar en vista de su ineptitud, pero la filosofía musulmana afirma que es Dios quien dispone las cosas y que nada sucede sin su deseo. Era, por tanto, deseo de Dios que los médicos no fueran capaces de curar a su califa y no era oportuno castigarlos.

Si la historia es cierta, queda claro que fue el destino quien decidió que los médicos musulmanes no consiguieran sanarle, porque, habiendo conocido el califa la existencia de un hospital en la ciudad persa de Gondisaphur, aquel que fundaran los nestorianos en el siglo VI, hizo llamar a su director, Yiryis ibn Gibril, pidiéndole ayuda y este aplicó los muchos recursos de que disponía hasta conseguir curarle.

Ni que decir tiene que el califa abrumó a Yiryis con honores y que, en su agradecimiento, llegó a nombrarle su médico personal. También se interesó vivamente por aquellos conocimientos médicos de que los musulmanes no disfrutaban y, habiéndole explicado Yiryis que procedían de tiempos remotos, los mandó traducir al árabe y los dio a conocer a todos los médicos, dando origen a la nueva medicina musulmana que transformó la medicina del Profeta en la medicina islámica.

FOLKLORE MÉDICO Y RELIGIOSO

Claudio Eliano, escritor romano del siglo II, recreó una historia que a su vez parece que contó Hipys de Reggio, un cronista griego de tiempos de Darío y Jerjes, que escribió sobre Italia y Sicilia. Dice este autor que, en los tiempos en que la medicina griega se hallaba en manos de los sacerdotes y se ejercía en el interior de los templos de Asclepios, llegó al templo de Epidauro una mujer en cuyo vientre se había desarrollado una solitaria que ningún médico había conseguido hacer salir.

Los sacerdotes, convencidos de su papel de vicarios del dios, la hicieron tenderse en el lugar en el que Asclepios había de sanarla. A continuación, suponiendo que la única forma de extraer la lombriz era introducir la mano en el cuerpo de la mujer, tuvieron la gran idea de cortarle la cabeza. Acto seguido, uno de los sanadores introdujo el brazo hasta el interior de la mujer y sacó la solitaria, que era, al parecer, enormemente larga.

El problema vino a la hora de volverle a colocar la cabeza, porque por mucho que lo intentaron, no consiguieron el resultado apetecido. Afortunadamente, cuando ya desesperaban de recolocar la cabeza cortada, llegó el dios que regresaba a su templo y, viendo el desaguisado, reprendió severamente a los atrevidos sacerdotes. Después, él mismo repuso la cabeza a su dueña, que se despertó curada de su mal.

Antes que la ciencia, existió la magia. Antes que la medicina racional, existió la medicina teúrgica. No es posible encontrar textos



Las culturas antiguas imputaron la causa de la enfermedad a demonios malintencionados y procuraron su curación con oraciones y fetiches protectores, como esta figura que repele los diablos de la enfermedad.

médicos antiguos que no tengan implicaciones demonológicas o teológicas, porque la Antigüedad imputó la enfermedad a la cólera de los dioses o a la malquerencia de los demonios. Existen numerosos testimonios en forma de fetiches protectores para detener la acción diabólica o propiciar la acción curativa de la divinidad.

La Medicina tuvo necesariamente que ser obra de los dioses. Dado que una de las primeras necesidades del ser vivo es evitar el sufrimiento, los hombres primitivos debieron de ver como algo sobrenatural la capacidad de curar que desarrollaron los primeros curanderos y chamanes, porque, gracias a la Paleontología, sabemos que, antes de que existiera la cirugía, ya había quien curaba y cerraba las heridas. Antes de que existiera la medicina razonada, hubo, por tanto, una medicina natural.

El hecho de atribuir la enfermedad a una acción sobrenatural supuso la creación de genios y demonios malignos o de dioses iracundos. De la misma manera, para neutralizar tal acción o mitigar la cólera de la deidad, hubo que inventar amuletos, encantamientos, plegarias, exvotos y sacrificios, así como ceremonias y prácticas totalmente irracionales. Además, los sacerdotes, que en todas las religiones se han erigido como intermediarios entre los dioses y los hombres, monopolizaron la capacidad de sanación y, con ello, consiguieron mayor poder sobre las gentes.

Nuestra cultura absorbió las ideas mágicas en forma de santos abogados de diferentes males, capaces de remediarlos o de evitarlos. En Bizancio, los santos abogados de la salud eran Cosme y Damián que, de alguna manera, ocupaban en Oriente el puesto del tándem occidental formado por Pedro y Pablo. Cuenta Álvaro Cunqueiro que, para curar las dolencias reumáticas, solían quemar en un brasero sapos y ranas y, después, utilizando como pizarra la pared ahumada, escribían en ella el nombre de los dos santos.

Otro de los santos cristianos más antiguos es San Blas, médico armenio que, en el siglo IV, fue capaz de salvar la vida de un niño que estaba a punto de asfixiarse por una espina clavada en la garganta.

Comoquiera que Blas repitiera en otros pacientes la misma operación de extracción de huesos o espinas con éxito semejante, se convirtió en el santo patrón de este tipo de accidentes. Parece ser que quien difundió su virtud fue un médico griego cristiano, llamado Aecio, que extraía la espina o hueso atravesada en la garganta murmurando la oración siguiente: Blas, mártir de Cristo, te manda que subas o bajas.

Cuenta Antonio Castillo que esta tradición llegó a tierras hispanas con la siguiente historia que convirtió a Blas en patrón de los males de la garganta, no ya tan específicos, sino más generalizados.

Yendo de viaje en una noche fría y lluviosa, llegó el santo a una posada cuya propietaria no quiso admitirle, pero él insistió y el posadero, compadecido, le dejó entrar, por lo que la mujer, a disgusto, le dio una habitación con un serón roto por cama y la albarda mojada de un burro en la que había acarreado una carga de leña aquella misma tarde.

No sabemos si en castigo a sus males o para dar lugar al santo a demostrar sus poderes, el caso es que aquella noche la posadera enfermó de la garganta y padeció de tal manera que el huésped, al oírla quejarse, se levantó a curarla. Mojó el dedo pulgar en el aceite de la lámpara y trazó tres cruces sobre la garganta enferma que, como ya se supondrá, sanó inmediatamente.

Desde entonces, un canto popular andaluz describe la receta para curar males de garganta: Hombre bueno, mujer mala, serón roto, albarda *mojá*, cúrame la garganta, *señó* San Blas (Antonio Castillo, *Folklore médico-religioso*).

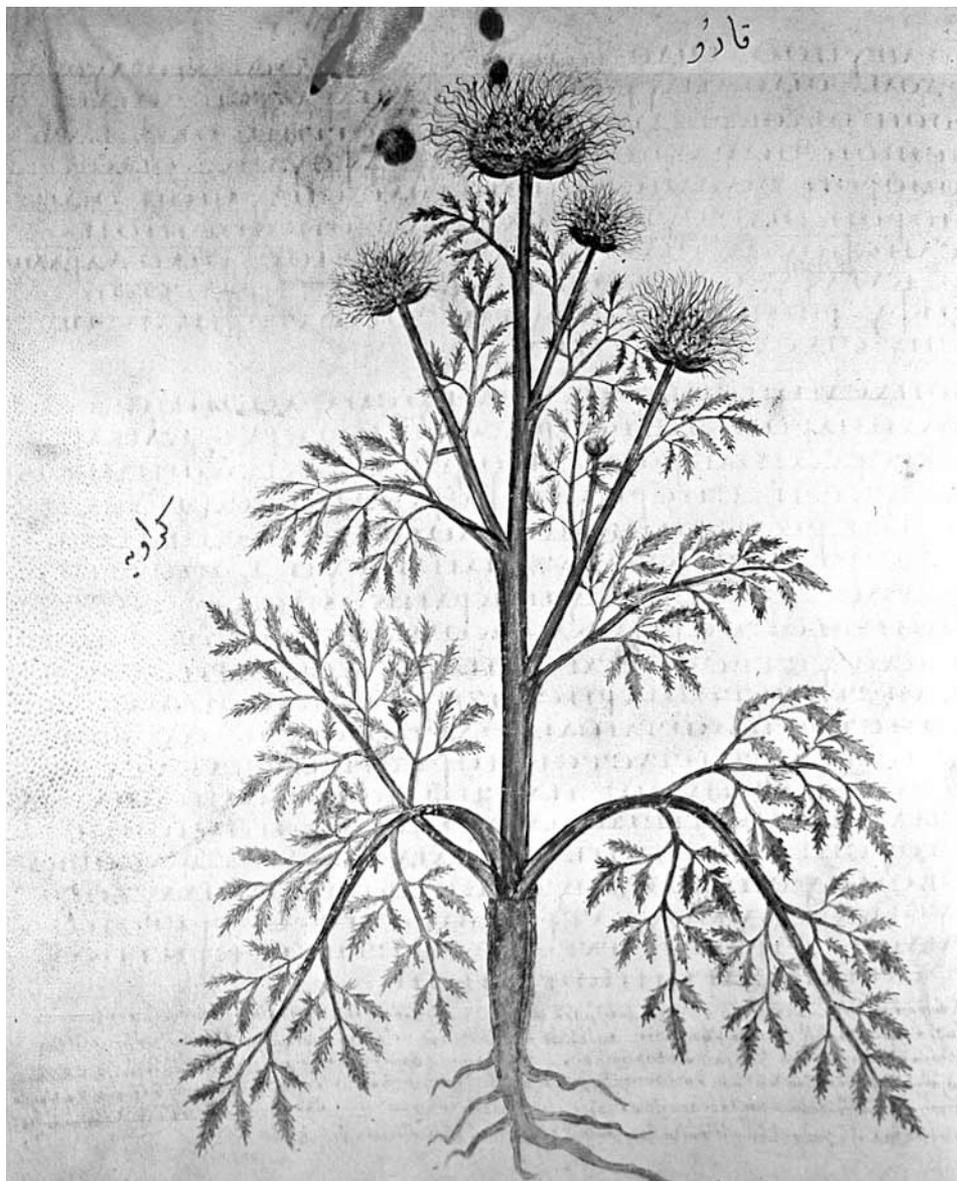
Quizá resulte más conocida la oración que se utiliza en casi todo el país cuando un niño se atraganta; una plegaria que se recita mientras se le dan golpes en la espalda: San Blas bendito, que se ahoga este angelito.

REMEDIOS MIXTOS

En los albores del pensamiento científico, en muchas culturas antiguas se llegaron a mezclar la magia y la ciencia, dando lugar a curiosas mixturas. En Sumer, por ejemplo, la causa de las enfermedades se atribuyó a los demonios, pero también existe un testimonio que demuestra que la curación no solamente estuvo en manos de sacerdotes y chamanes, sino de médicos que aplicaron tratamientos farmacológicos. Se trata de una tablilla extraída en las excavaciones de Nippur que contiene las recetas médicas recopiladas por un médico sumerio del tercer milenio antes de nuestra Era. Y en esa tablilla se mencionan exclusivamente remedios farmacéuticos, sin citar oraciones, encantamientos ni exorcismos. Además, son remedios que suponen buenos conocimientos de química, a base de sustancias minerales, vegetales y animales con las que preparar pócimas y ungüentos.

La farmacopea es, por tanto, una ciencia muy antigua. En el siglo IV antes de nuestra Era, surgió en Grecia una generación de médicos recolectores de hierbas medicinales que dejaron un importante legado, transmitido posteriormente a los romanos y más tarde a Bizancio. El más conocido fue Dioscórides Pedáneo, griego, naturalista y médico del siglo I, a quien debemos la descripción de 600 plantas y sus usos terapéuticos, todo ello contenido en su libro *De materia medica*. Cada cultura fue añadiendo sus descubrimientos, descripciones y experiencias, ampliando el tratado original con otros estudios sobre diferentes tipos de medicamentos no solamente vegetales, sino animales. Finalmente, la obra llegó a la Edad Media en forma de un manuscrito de medicina antigua que se conoce como *Codex Vindobonensis*.

Este manuscrito se inicia con una plegaria a la Santa Madre Tierra, solicitando su poder curativo. Después hay un texto en forma de carta de Hipócrates a Mecenas, donde le explica los principios de la salud y le ofrece consejos para mantenerla o recuperarla. Hay otra carta similar atribuida a Diocles y dirigida a Antígono (Diego Gracia Guillén, *Medicina Antigua. Cuatro libros de medicina. Codex Vindobonensis*).



La recopilación de herborismo de Dioscórides, *De materia medica*, sirvió de base para la confección de numerosos tratados de farmacología, muchos de los cuales todavía están vigentes.

Más adelante aparece otra plegaria a todas las poderosas hierbas medicinales, pidiendo que su virtud curativa garantice una buena medicina y, a continuación, encontramos un extracto de libros médicos antiguos sobre plantas y remedios.

Cada planta descrita va acompañada por la lista de virtudes que posee y las enfermedades que puede curar, utilizándola en cocimientos o ungüentos. A algunas atribuye tales poderes curativos, que asegura son capaces de unir nervios cortados, como la Vettónica. Claro es que hay que saber que esta planta, la Vettónica, fue descubierta por el propio Asclepios, dios griego de la Medicina que también se conoce por Esculapio.

Hay recetas mixtas, como el jugo de Polígono que se debe mezclar con pimienta para detener las hemorragias de la menstruación, pero es imprescindible rogar previamente a la planta que contenga el flujo y, además, es preciso recolectarla en jueves y con luna menguante.

LA HERENCIA GRECORROMANA

Las ciencias más antiguas proceden de China o de la India. Hemos visto que fueron los indios quienes solucionaron el problema del 0 y el de las operaciones con números. También sabemos que fueron los chinos quienes inventaron la imprenta, que utilizaban desde el siglo XI, así como la brújula, invento que recogieron más tarde los árabes.

Sin embargo, igual que en Europa la religión detuvo el progreso durante la Edad Media, en China fue la burocracia la que aplastó la iniciativa, de modo que su saber se estancó en un nivel similar al del Renacimiento europeo. Ya sabemos que, por ejemplo, la imprenta se reinventó en Europa en el siglo XV, cuando los chinos la empleaban desde cuatro siglos antes.

Por su parte, tampoco el saber evolucionó en la India, porque los indios no aceptaron recibir información del mundo exterior, aunque entregaron generosamente todo su saber a los de fuera.

EL HOMBRE-PERRO

Asclepios o Esculapio no es un dios originalmente griego ni mucho menos romano, sino egipcio. Su nombre procede de dos palabras egipcias, *aish*, que significa hombre, y *caleph*, que significa perro. Aishcaleph era el hombre-perro egipcio encargado de ladrar y avisar de la aparición de la estrella Sirio, el astro-perro que anunciaba la canícula y, con ella, el hecho más importante para la vida de Egipto, el desbordamiento del Nilo que inundaba las tierras de sus márgenes y convertía el yermo desierto en una vega fértil y lujuriosa.

Por ello, los sacerdotes sacaban del templo la imagen de Anubis en esos días y le colocaban una pluma en la mano como símbolo del recuento de metros que había de ascender el nivel del río. Con el tiempo, el pueblo asoció a Anubis con los dones más esperados, como el bienestar y la salud, y terminó convirtiéndose en dios de la Medicina.

En el siglo VII antes de nuestra Era, los griegos, que tendieron un puente social, comercial, cultural y artístico entre Egipto y Grecia, aprehendieron los secretos médicos egipcios y babilónicos, junto con el conocimiento de las demás ciencias, y adoptaron también al dios médico al que llamaron Apio, hasta que este dios llegó a sanar a Esclen, tirano de Epidauro, quien le agregó su propio nombre, convirtiéndole en Asclepios o Esculapio.

Galeno asegura que el inventor de la Medicina fue el dios Apolo y que Esculapio no hizo más que aprenderla y perfeccionarla. De ello se hizo eco Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*, en las que añade que, al morir Esculapio, estuvo prohibido medicar hasta que nació Hipócrates, engendrado por el dios en la isla de Cos.

Algunos autores, como Tertuliano, señalan al centauro Quirón, el centauro sabio tutor de Aquiles, como inventor de la Medicina, pero hay que tener en cuenta que Quirón, con toda su sabiduría de semidiós, murió a causa de una herida que no fue capaz de curarse, si bien es cierto que, en compensación, los dioses le ascendieron al cielo para formar la constelación de Sagitario (I. Rodríguez y Fernández, *Historia crítica de la Medicina*).

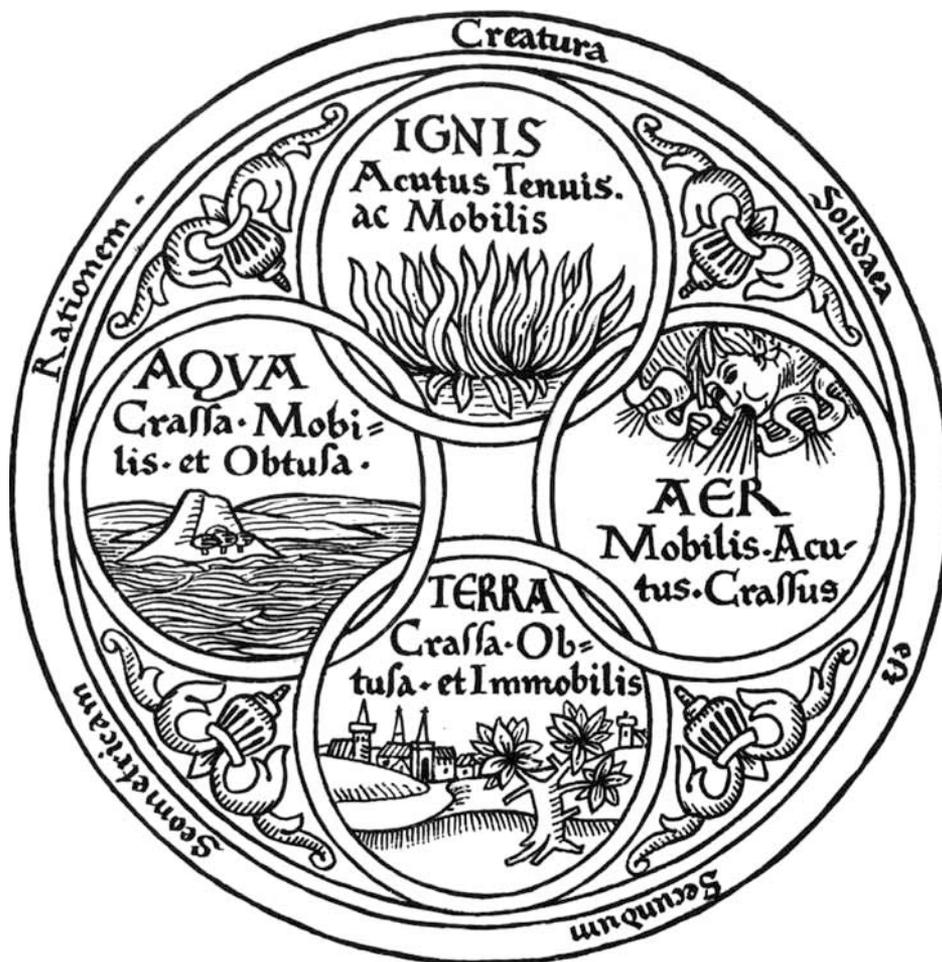
Estos pueblos comunicaron su cultura sin aceptar las de los demás. Así, en China siguieron creyendo que el mundo funciona mediante la armonía de todos los elementos, mientras que en Occidente se adoptaba el concepto del átomo. Sin embargo, su visión de un Universo sometido a las fuerzas opuestas y complementarias (el Yin y el Yang) fue aceptada en la Edad Media, a la que legaron su filosofía y su concepto de la medicina.

La medicina medieval, como casi todas las ciencias, fue un trasunto de la medicina grecorromana. La medicina griega empezó en los templos, como hemos visto, hasta que los filósofos se decidieron a rescatarla, incluyendo su estudio en el campo de sus especulaciones, lo que produjo los primeros conocimientos teóricos, erróneos o acertados, pero propios. Por eso, los primeros médicos fueron filósofos, como sucedería siglos después entre los médicos musulmanes y muchos médicos cristianos y judíos. Demócrito y Epicuro, entre otros, sostuvieron que la Filosofía es hermana de la Medicina, porque la primera libera el alma de las pasiones y la segunda expulsa las enfermedades del cuerpo.

Parece que el primer filósofo griego que decidió incorporar el campo de la Medicina a sus estudios fue Tales de Mileto, fundador de la Escuela Jónica, que vivió entre los años 624 y 546 antes de nuestra Era y del que se dice que, como Sócrates, nada escribió, pero nos dejó un rico legado de conocimiento filosófico, matemático y cosmológico.

Fue tan grande su interés por la Astronomía, que viajó, como todos los científicos griegos de su tiempo, a Egipto y a Babilonia, con el fin de obtener la mayor cantidad posible de conocimientos en esa materia. Pero cuentan que, cuando volvió a su ciudad natal, su vieja criada le recriminó dedicar tanto esfuerzo a aprender lo que pasaba en los astros, sin siquiera pararse a averiguar lo que sucedía en su calle a sus propios pies. Y dicen que eso le decidió a iniciar el estudio de la Física, que es materia de la medicina racional.

Tras él, otros filósofos como Heráclito, Parménides o Pitágoras contribuyeron a convertir la Medicina en una ciencia, dejando a un



La teoría de Empédocles de Agrigento señaló los cuatro elementos básicos raíces de todo: fuego, tierra, aire y agua. Esta teoría se mantuvo al frente de las ciencias durante muchos siglos y constituyó el fundamento de la medicina medieval.

lado la influencia de dioses y demonios para dedicarse a investigar la Naturaleza y a avanzar en la especulación.

Un siglo más tarde, Empédocles de Agrigento señaló los cuatro elementos básicos que son las raíces de todo: fuego, tierra, aire y agua. Apuntó, además, las cualidades fundamentales de esos elementos: sequedad, frío, calor y humedad.

En aquella época, todavía las gentes se curaban en el templo o aprovechaban los consejos útiles de la experiencia popular. Cuenta Heródoto que tanto los caldeos, como los egipcios y los habitantes de Hispania y Lusitania, empleaban un método curativo que consistía en sacar los enfermos a la calle, de manera que las gentes que pasaban ante ellos se detuvieran, movidas por la compasión, a interesarse por su dolencia y que casi siempre se daba el caso de que un transeúnte reconociera los síntomas por haberlos sufrido en sus propias carnes, por lo cual, inmediatamente aportaba ideas terapéuticas, narrando cómo había él conseguido curarse de aquel mismo mal. Fue el primer método de automedicación de la historia de la Medicina y el inicio de una costumbre que perdura en nuestros días.

HIPÓCRATES DE COS

Hacia el siglo V antes de nuestra Era, se inició en Jonia una revolución tecnológica que puso a los griegos a la cabeza científica, técnica e industrial del Mediterráneo, ya que fueron capaces de arrancar a babilonios, persas y egipcios los secretos de su ciencia, recubierta de misterios y al servicio de la religión, para analizarla, desmenuzarla y completarla y, finalmente, democratizarla, es decir, ponerla al servicio de las gentes.

Hipócrates de Cos, que vivió entre los años 460 y 370 antes de nuestra Era, cumplió su parte de ese cometido, que consistió en sacar la Medicina de los templos, someterla al método científico de observación y especulación, y hacerla entrar en casa del médico.

Naturalmente, se produjo un enfrentamiento no solamente entre la clase sacerdotal que se veía así privada de numerosos privilegios y la nueva clase de filósofos médicos, sino también con los médicos domésticos que venían atendiendo a los enfermos con conocimientos adquiridos mediante la práctica diaria en la curación.

Pero lo cierto es que la historia de la Medicina tiene un antes y un después de Hipócrates y que, a pesar de oposiciones y querellas, terminó por imponerse el método científico de aplicar los cinco sentidos para explorar al paciente, agotar los datos sensibles y enfrentarse al enfermo de forma racional y humana, con el propósito expreso de curarle. Este propósito, por cierto, se recoge en el *Juramento Hipocrático*, una guía ética de la profesión médica que hoy mantiene sus principios tal y como el maestro los dictara.

Hipócrates comprendió al hombre como una unidad psicosomática y entendió la enfermedad como un desequilibrio humoral, cuyo curso dependía de la forma en que se restableciera el equilibrio. Aseguró que la enfermedad afecta a una zona geográfica específica, lo que dio lugar a la primera patología del hombre en relación con su entorno, con factores que se podían medir y predecir mediante recursos técnicos y científicos. Esto supone que la medicina hipocrática consiguió no solamente el diagnóstico de la enfermedad, sino su pronóstico y su prevención.

Aquello fue un paso de gigante hacia la racionalización de la ciencia médica, aunque, como veremos, tuvo sus fallos y sus errores condicionados, como no podía ser menos, por las trabas de la religión.

LOS FLUIDOS DE LA VIDA

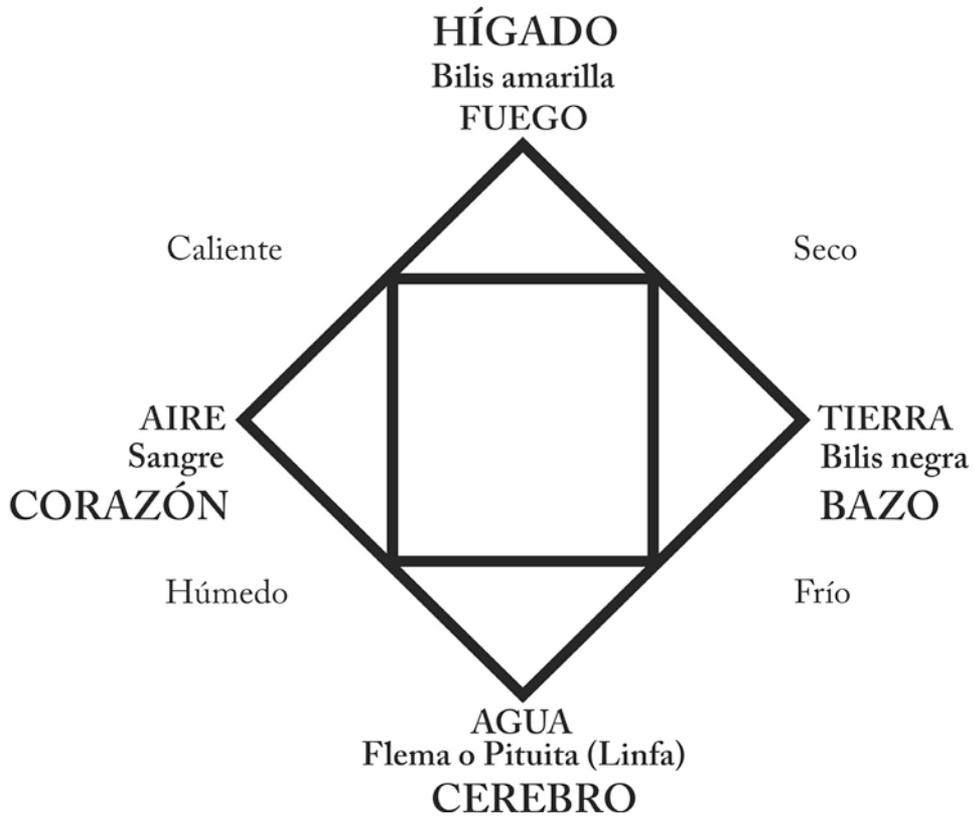
Lo que más nos interesa de toda esta historia es conocer la teoría de los temperamentos, en relación con los humores y los cuatro elementos que anteriormente determinó Empédocles, porque fue esta teoría la que se trasladó en el tiempo, propagándose al Imperio Romano y a Bizancio, de donde fue posteriormente recogida por los

musulmanes y devuelta a Europa, y la que constituyó la propia medicina medieval.

De Persia trajeron los griegos el concepto de que el hombre es una parte del Cosmos y que está envuelto en él. Puede que los persas lo aprendieran de los indios y estos de los chinos. El cuerpo del hombre es una copia del Universo, en miniatura. No estaban muy lejos de lo que hoy podemos comprobar enfrentando la estructura de los átomos que componen la materia a la estructura del Universo, es decir, el microcosmos frente al macrocosmos. Pero para los antiguos, esto significaba que el cuerpo humano imita al todo y establece una relación entre lo que sucede en el Universo y lo que sucede en el organismo.

La tipología temperamental de Hipócrates, basada en las teorías de los filósofos griegos anteriores y en los conceptos médico-filosóficos de los persas, egipcios y babilonios, constituyó un fundamento para la ciencia médica que permite diagnosticar, pronosticar y, lo que es más importante, prever, porque al establecer una relación estrecha entre los ciclos de la naturaleza, las estaciones de año y la dinámica de los humores que circulan por el cuerpo humano, se pudo conocer el origen y, por tanto, como hemos dicho, prevenir las enfermedades, aunque unas con acierto y otras con error.

En el estudio de la composición del cuerpo humano en sus distintas partes no influyó la disección, porque los griegos no practicaron autopsias ni disecciones hasta el periodo helenístico, una etapa cultural que se inició tras la muerte de Alejandro Magno y que tuvo su capital en Alejandría. Ni Hipócrates ni Aristóteles ni Galeno se atrevieron a diseccionar cuerpos humanos debido al profundo respeto de las tradiciones y la religión griega hacia los muertos. Solamente Galeno diseccionó cuerpos ya momificados. Ya dijimos que esta cortapisa fue la causa de los numerosos errores que inundan las descripciones anatómicas de los grandes sabios, aunque, en realidad, no se trata de descripciones, porque ni los médicos antiguos ni los medievales realizaron descripciones de la anatomía, sino que se limitaron a explicar el cometido de los órganos corporales.



Los cuatro elementos asociados a los cuatro humores y a sus cuatro cualidades. Este concepto, compendio de las medicinas más antiguas, fundamentó la tipología temperamental y fue precursor de nuestra moderna endocrinología. Fue la base de la medicina medieval y perduró mucho tiempo después.